

aun le hizo Cortés un largo razonamiento y sermón, por intérprete, dándole á entender cómo era venido en aquellas partes en nombre del más bueno y poderoso príncipe del mundo, á quien toda la tierra reconocía como á monarca, y que así debía hacer él; y que también venía á castigar los malos que comían carne de otros hombres, como hacía aquel de Méjico, y á enseñar la ley de Cristo, que mandaba creer y adorar un solo Dios, y no tantos ídolos; y notificar á los hombres el engaño que les hacía el diablo para llevarlos al infierno, donde los atormentasen con terrible y perdurable fuego. Declaróle asimismo muchos misterios de nuestra santa fe católica. Cebóle con el paraíso, y dejóle muy contento y maravillado de las cosas que le dijo. Este señor dió á Cortés tres canoas para enviar á Tabasco por el río abajo con tres españoles y la instrucción de lo que habían de hacer los carabelones, y de cómo tenían de ir á esperarle á la bahía de la Ascensión, y para llevar con ellas y con otras carne y pan de los navíos á Acalán por un estero. Dióle asimismo otras tres canoas y hombres, que fueron con unos españoles el río arriba á apaciguar y allanar la tierra y camino, que no fué poca amistad. De aquí comenzaron á ir ruines nuevas á Méjico, y que nunca más volvería Cortés, por lo cual mostraron luego sus dañadas intenciones Gonzalo de Salazar y Peralmindez.

#### De los sacerdotes de Tatahuitlapán

De Iztapán fué Cortés á Tatahuitlapán, donde no halló gente ninguna, salvo veinte hombres, que debían ser sacerdotes, en un templo de la otra parte del río, muy grande y bien adornado; los cuales dijeron haberse quedado

allí para morir con sus dioses, que les decían que los mataban aquellos barbudos, y era que Cortés quebraba siempre los ídolos ó ponía cruces; y como vieron á los indios de Méjico con unos aderezos de los ídolos, dijeron llorando que ya no querían vivir, pues sus dioses eran muertos. Cortés entonces y los dos frailes franciscanos les hablaron con las lenguas que llevaban, otro tanto como al señor de Iztapán, y que dejasen aquella su loca y mala creencia. Ellos respondieron que querían morir en la ley que sus padres y abuelos. Uno de aquellos veinte, que era el principal, mostró do estaba Huatipán, que venía figurado en el paño, diciendo que no sabía andar por tierra. Simpleza harto grande; pero con ella vivían contentos y descansados. Poco después de salido el ejército de allí, pasó una ciénaga de media legua, y luego un estero hondo, donde fué necesario hacer puente, y más adelante otra ciénaga de una legua; pero como era algo tiesta debajo, pasaron los caballos con menos fatiga, aunque les daba á las cinchas, y donde menos, encima de la rodilla. Entraron en una montaña tan espesa, que no veían sino el cielo y lo que pisaban, y los árboles tan altos, que no se podía subir en ellos, para atalayar la tierra. Anduvieron dos días por ella desatinados; repararon orilla de una balsa que tenía yerba, porque paciesen los caballos; durmieron y comieron aquella noche poco, y algunos pensaban que antes de acertar á poblado habían de morir. Cortés tomó una aguja y carta de marear que llevaba para semejantes necesidades, y acordándose del paraje que le habían señalado en Tahuitlapán, miró, y halló que corriendo al nordeste iban á salir á Guatecpán ó muy cerca. Abrieron pues el camino á brazos, siguiendo aquel rumbo, y quiso Dios que fueron derechos á dar en el mismo lugar, después de muy trabajados; mas refrescáronse luego en él con frutas y otra mucha comida, y ni más ni menos los caballos con maíz verde y con yerba de la ribera, que es muy hermosa.

Estaba el lugar despoblado, y no podía Cortés saber ras-

tro de las tres barcas y españoles que había enviado el río arriba, y andando por el pueblo, vió una saeta de ballesta hincada en el suelo, por la cual conoció que eran pasados adelante, si ya no los habían muerto los de allí. Pasaron el río algunos españoles en unas barquillas; anduvieron buscando gente por las huertas y labranzas, y al cabo vieron una gran laguna, donde todos los de aquel pueblo estaban metidos en barcas é isletas; muchos de los cuales salieron luego á ellos con mucha risa y alegría, y vinieron al lugar hasta cuarenta, que dijeron á Cortés cómo por el señor de Cuatlán habían dejado el pueblo, y cómo eran pasados ciertos barbudos el río adelante con hombres de Iztapán, que les dieron certenidad del buen tratamiento que los extranjeros hacían á los naturales, y cómo se había ido con ellos un hermano de su señor en cuatro canoas de gente armada, para que no les hiciesen mal en el otro pueblo más arriba. Cortés envió por los españoles, y vinieron luego al otro día con muchas canoas cargadas de miel, maíz, cacao y un poco de oro, que alegró el ojo á todos. También vinieron de otros cuatro ó cinco lugares á traer á los españoles bastimento, y á verlos, por lo mucho que de ellos se decía, y en señal de amistad les dieron un poquito de oro, y todos quisieran que fuera más. Cortés les hizo mucha cortesía, y rogó que fuesen amigos de sus cristianos. Todos ellos se lo prometieron. Tornáronse á sus casas, quemaron muchos de sus ídolos por lo que les fué predicado, y el señor dió del oro que tenía.

#### De la puente que hizo Cortés

De Huatecpán tomó Cortés el camino para la provincia de Acalán, por una senda que llevan mercaderes; que

otras personas poco andan de un pueblo á otro, según ellos decían. Pasó el río con barcas; ahogóse un caballo, y perdiéronse algunos fardeles. Anduvo tres días por unas montañas muy ásperas con gran fatiga del ejército, y luego dió sobre un estero de quinientos pasos ancho, el cual puso en gran estrecho los nuestros, por no tener barcas ni hallar fondo. De manera que con lágrimas pedían á Dios misericordia, ca si no era volando, parecía imposible pasarlo, y tornar atrás, como todos los más querían, era perecer; porque como había llovido mucho, se habían llevado las crecientes todas las puentes que hicieron. Cortés se metió en una barquilla con dos españoles hombres de mar, los cuales sondaron todo el ancón y estero, y por do quiera hallaban cuatro brazas de agua. Tentaron con picas, atadas una á otra, el suelo, y estaba otras dos brazadas de lama y cieno; de suerte que eran seis brazas de hondura, y quitaban la esperanza de fabricar puente. Todavía quiso él probar de hacerla. Rogó á los señores mejicanos que consigo llevaba hiciesen con los indios que cortasen árboles, labrasen y trajesen vigas grandes, para hacer allí una puente por do escapasen de aquel peligro. Ellos lo hicieron, y los españoles iban hincando aquellas maderas por el cieno, puestos sobre balsas, y con tres canoas, que más no tenían; pero érales tanto trabajo y mohína, que renegaban de la puente y aun del capitán, y murmuraban terriblemente de él por haberlos metido locamente á donde no los podría sacar, con toda su agudeza y saber, y decían que la puente no se acabaría, y cuando se acabase serían ellos acabados; por tanto, que diesen vuelta antes de acabar las vituallas que tenían, pues así como así se había de volver sin llegar á Higueras. Nunca Cortés se vió tan confuso; mas por no enojarlos, no les quiso contradecir, y rogóles que se holgasen y esperasen cinco días solamente, y si en ellos no tuviese hecha la puente, que les prometía de volverse. Ellos á esto respondieron que esperarían aquel tiempo aunque comiesen cantos. Cortés entonces habló á

los indios que mirasen en cuánta necesidad estaban todos, pues forzado habían de pasar ó perecer. Animólos al trabajo, diciendo que luego en pasando aquel estero estaba Acalán, tierra abundantísima y de amigos, y donde estaban los navios con muchos bastimentos y refresco. Prometióles grandes cosas para en volviendo á Méjico si hacían aquella puente. Todos ellos, y los señores principalmente, respondieron que les placía, y luego se repartieron por cuadrillas. Unos para coger raíces, yerbas y frutas de monte que comer, otros para cortar árboles, otros para labrarlos, otros para traerlos, y otros para hincarlos en el estero. Cortés era el maestro mayor de la obra, el cual puso tanta diligencia y ellos tanto trabajo, que dentro de seis días fué hecha la puente, y al séptimo pasaron por encima de ella todo el ejército y caballos; cosa que pareció no sin ayuda de Dios obrada, y los españoles se maravillaron muy mucho y aun trabajaron su parte, que aunque hablan mal, obran bien. La hechura era común, mas la maña que los indios tuvieron fué extraña. Entraron en ella mil vigas de ocho brazas en largo y cinco y seis palmos de gordor y otras muchas maderas menores y menudas para cubierta. La atadura fué de bejucos, que clavazón no hubo, sino de clavos de ferrar y clavijas de palo por algunos barrenos. No duró la alegría que todos llevaban por haber pasado á salvo aquel estero, ca luego toparon una ciénaga muy espantosa, aunque no muy ancha, donde los caballos, quitadas las sillas, se sumían hasta las orejas, y cuanto más forcejaban, más se hundían, de manera que allí se perdió del todo la esperanza de escapar caballo ninguno. Todavía les metían debajo los pechos y barrigas haces de rama y de yerba en que se sostuviesen, lo cual aunque aprovechaba algo, no bastaba. Estando así, abrióse por medio un callejón por do acanaló la agua, y por allí salieron á nado los caballos, pero tan fatigados, que no se podían tener en pies. Dieron gracias á nuestro Señor por tan grandes mercedes como les había hecho; que sin ca-

ballos quedaban perdidos. Estando en esto llegaron cuatro españoles que habían ido delante, con ochenta indios de aquella provincia de Acalán, cargados de aves, fruta y pan, con que Dios sabe cuánto se holgaron todos, mayormente cuando dijeron que Apoxpalón, señor de aquella provincia y toda la demás gente quedaba esperando el ejército de paz, y con muy buena voluntad de verle y aposentarle en sus casas; y ciertos de aquellos indios dieron á Cortés cosillas de oro de parte del señor, y dijeron cómo tenía gran contentamiento de su venida por aquella tierra, ca muchos años había que tenía noticia de él por los mercaderes de Xicalanco y Tabasco. Cortés le agradeció tan buena voluntad; dióles ciertas cosillas de España para el señor; hizolos ir á ver la puente, y tornólos á enviar con los mismos españoles. Fueron admirados del edificio de la puente, así porque no los hay por allí, como por ser tan grande, y porque pensaban que ninguna cosa era imposible á los españoles. Otro día llegaron á Tizapetl, donde los vecinos tenían mucha comida aderezada para los hombres, y mucho grano y hierba y rosas para los caballos. Reposaron allí seis días, satisfaciendo al trabajo y hambre pasada. Vino á ver á Cortés un mancebo de buena disposición y muy bien acompañado, que dijo ser hijo de Apoxpalón. Trájole muchas gallinas y cierto oro; ofrecióle su persona y tierra, fingiendo que su padre era muerto. Él lo consoló y mostró tener tristeza, aunque barruntaba no decir verdad, porque cuatro dias antes estaba vivo y le había enviado un presente. Dióle un collar de cuentas de Flandes, que traía al cuello, y que fué muy estimado del mancebo, y rogóle que no se fuese tan presto.

## De Apoxpalón, señor de Izancanac

De Tizapetl fueron á Teuticaccac, que estaba seis leguas, donde el señor les hizo muy buen tratamiento. Aposentáronse en dos templos, que los hay muchos y muy hermosos, uno de los cuales era el mayor y dedicado á una diosa á quien sacrificaban doncellas vírgenes y hermosas, que si no eran, diz que se enojaba mucho con ellos, y á esta causa las buscaban desde niñas y las criaban regaladamente. Sobre esto les dijo Cortés como mejor pudo lo que convenia á cristiano y lo que el Rey mandaba, y derribó los ídolos; de que no mostraron mucha pena los del pueblo. Aquel señor de Teuticaccac trabó grandes pláticas y conversación con españoles, y tomó mucha amistad y amor con Cortés. Dióle más entera razón de los españoles que iba buscando y del camino que había de llevar. Dijole en muy gran puridad cómo Apoxpalón era vivo, y que le quería guiar por un rodeo, aunque no mal camino, porque no viese sus pueblos y riqueza. Rogóle que tuviese secreto si le quería ver vivo y con su hacienda y estado. Cortés se lo agradeció mucho, y no solamente le prometió secreto, pero buenas obras de amigo. Llamó luego al mancebo que dije, y examinóle; el cual, como no pudo negar la verdad, dijo cómo su padre era vivo, y á ruego de Cortés le fué á llamar y le trajo luego al segundo día. Apoxpalón se excusó con mucha vergüenza, diciendo que de miedo de tan extraños hombres y animales lo hacía, hasta ver si eran buenos, porque no le destruyesen sus pueblos; pero que agora, pues veía cómo no hacian mal á nadie, le rogaba se fuése con él á Izancanac, ciudad populosa, donde él residia. Cortés se partió otro día, y dió un caballo á Apoxpalón en que fuese,

de lo cual mostró gran placer, aunque al principio pensó caer. Entraron con gran recibimiento en aquella ciudad. Cortés y Apoxpalón posaron en una casa donde cupieron los españoles con sus caballos. Á los de Méjico repartieron por casas. Aquel señor dió largamente de comer á todos el tiempo que allí estuvieron, y á Cortés cierto oro y veinte mujeres. Dióle una canoa y hombres que llevasen por el río abajo hasta la mar, á do estaban los carabelones, un español que poco antes llegara de Santisteban de Pánuco con letras, y cuatro indios que habian traído cartas de Medellín, de la villa del Espíritu Santo y de Méjico, hechas antes que Gonzalo de Salazar y Peralmíndez llegasen; con las cuales respondía que iba bueno, aunque con muchos trabajos, y también escribió á los españoles que estaban en los carabelones lo que habian de hacer y adónde tenían de ir á esperarle. Acostumbran, á lo que dicen, en aquella tierra de Acalán hacer señor al más caudaloso mercader, y por eso lo era Apoxpalón, que tenía grandísimo trato por tierra de algodón, cacao, esclavos, sal, oro, aunque poco, y mezclado con cobre y con otras cosas; de caracoles colorados, con que atavian sus personas y sus ídolos; de resina y otros sahumerios para los templos, de teda para alumbrarse, de colores y tintas con que se pintan para las guerras y fiestas, y se tiñen para defensa del calor y frío, y de otras muchas mercaderías que ellos estiman y han menester; y así, tenía en muchos pueblos de ferias, como era Nito, fator y barrio por sí, poblado de sus vasallos y criados tratantes. Mostróse Apoxpalón muy amigo de españoles, hizo una puente para que pasasen una ciénaga, tuvo canoas para pasar un estero; envió muchas guías con ellos, prácticas del camino, y por todo esto no pidió sino una carta de Cortés para si algunos españoles viniesen por allí, que supiesen cómo era su amigo. Acalán es muy poblada y rica. Izancanac grande ciudad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1925 MONTERREY, MEXICO

## La muerte de Cuahutimoc

Llevaba Cortés consigo á Cuahutimoc y otros muchos señores mejicanos, porque no revolviessen la ciudad y tierra, y tres mil indios de servicio y carga. Cuahutimoc, afligido de tener guarda, y como tenía alientos de rey, y veía los españoles alejados de socorro, flacos del camino, metidos en tierra que no sabían, pensó matarlos por vengarse, especial á Cortés, y volverse á Méjico apellidando libertad, y alzarse por rey, como solía ser. Dió parte á los otros señores, y avisó á los de Méjico, para que á un mismo día matasen también ellos á los españoles que allí había, pues no eran sino doscientos y no tenían más de cincuenta caballos, y estaban reñidos y en bandos; y si lo supiera hacer como pensar, no pensara mal; porque Cortés llevaba pocos, y pocos eran los de Méjico, y aquellos mal avenidos. Había tan pocos entonces por haber ido con Albarado á Cuahutemallán, con Casas á Higueras y á las minas de Michuacán. Los de Méjico se concertaron para en viendo descuidados ó asidos los españoles, y para el segundo mandamiento de Cuahutimoc. Hacían de noche gran ruido con sus atabales, huesos, caracoles y bocinas, y como era más y más ordinario que antes, tomaron sospecha los españoles y preguntaron la causa. Recatáronse de ellos, no sé si por indicios ó por certificación, y salían siempre armados, y aun en las procesiones que hacían por Cortés llevaban los caballos á par de sí, ensillados y enfrenados.

Mexicalcinco, que después se llamó Cristóbal, descubrió á Cortés la conjuración y trato de Cuahutimoc, mostrándole un papel con las figuras y nombres de los señores que le urdían la muerte. Cortés loó mucho á Mexicalcinco,

prometióle grandes mercedes, y prendió diez de aquellos que estaban pintados en el papel sin que uno supiese de otro: preguntóles cuántos eran en aquella liga, diciendo al que examinaba cómo se lo habían dicho ya otros. Era tan cierto, según Cortés, que no podían negarlo; y así, confesaron todos que Cuahutimoc, Couanacochcín y Tetepanquezatl habían movido aquella plática; que los demás, aunque holgaban de ello, que no habían consentido de veras ni se habían hallado en la consulta, y que obedecer á su señor y desear cada uno su libertad y señorío, no era mal hecho ni pecado, y que les parecía que nunca podrían tener mejor tiempo ni lugar que allí para matarle, por tener pocos compañeros y ningún amigo, y que no temían mucho los españoles que estaban en Méjico, por ser nuevos en la tierra y no usados á las armas, y muy metidos en bandos y guerra, de que Cortés tomó mala espina; mas empero, pues los dioses no lo querían, que los matase. Tras esta confesión les hizo proceso, y dentro de breve tiempo se ahorcaron por justicia Cuahutimoc, Tlacatlec y Tetepanquezatl. Para castigo de los otros bastó el miedo y espanto; ca ciertamente pensaron todos ser muertos y quemados, pues ahorcaron los reyes, y creían que la aguja y carta de marear se lo habían dicho, y no hombre ninguno; y tenían por muy cierto que no se le podían esconder los pensamientos, pues había acertado aquello y el camino de Huatépán; y así vinieron muchos á decirle que mirase en el espejo, que así llaman ellos al aguja, y vería cómo le tenían muy buena voluntad y ningunas intenciones malas. Él y todos los españoles les hacían encreyente ser así verdad porque temiesen. Hízose esta justicia por Carnestolendas del año de 1525 en Izancanac. Fué Cuahutimoc valiente hombre, según de la historia se colige, y en todas sus adversidades tuvo ánimo y corazón real, tanto al principio de la guerra para la paz, cuanto en la perseverancia del cerco, y así cuando le prendieron, como cuando le ahorcaron, y como cuando, porque dijese del tesoro de Motezu-

ma, le dieron tormento, el cual fué untándole muchas veces los pies con aceite y poniéndoselos luego al fuego; pero más infamia sacaron que no oro, y Cortés debiera guardarlo vivo como oro en paño, que era el triunfo y gloria de sus victorias. Mas no quiso tener que guardar en tierra y tiempo tan trabajoso; es verdad que se preciaba mucho de él, ca los indios le honraban mucho por su amor y respeto, y le hacían aquella misma reverencia y ceremonias que á Motezuma, y creo que por eso le llevaba siempre consigo por la ciudad á caballo, si cabalgaba, y si no, á pie como él iba. Apoxpalón quedó espantado de aquel castigo de tan grandísimo rey; y de temor, ó por lo que Cortés le había dicho acerca de los muchos dioses, quemó infinitos ídolos en presencia de los españoles, prometiéndoles de no honrar más las estatuas de allí adelante, y de ser su amigo y vasallo de su rey.

#### De cómo Canec quemó los ídolos

De Izancanac, que es cabecera de Acalán, habían de ir nuestros españoles á Mazatlán, pueblo que también se llama de otra manera en otro lenguaje, mas no sé cómo se tiene de escribir; y aunque he procurado mucho informarme muy bien de los propios vocablos y nombres de los lugares que nuestro ejército pasó este viaje de las Higueras, no estoy satisfecho del todo. Por tanto, si algunos no se pronuncian como deben, nadie se maraville, pues aquel camino no se huella. Cortés, porque no le faltase provisión, hizo mochila para seis días, aunque no había de estar en el camino sino tres, ó cuando mucho cuatro, escarmetado de la necesidad pasada. Envió delante cuatro españoles con dos guías que le dió Apoxpalón. Pasó la ciénaga

y estero con la puente y canoas que aderezó aquel señor, y á cinco leguas que anduvo, volvieron los cuatro españoles diciendo que había buen camino y mucho pasto y labranzas; que fué buena nueva para todos, que iban hostigados de los malos caminos pasados. Envió otros corretores más sueltos á tomar algunos de la tierra para saber cómo tomaban la ida de españoles; los cuales trajeron presos dos hombres de Acalán, mercaderes, según iban cargados de ropa para vender, y ellos dijeron cómo en Mazatlán no había memoria de tales hombres, y que el lugar estaba lleno de gente. Cortés dejó volver á los que traía de Izancanac, y llevó por guía aquellos dos mercaderes. Durmió aquella noche, como la pasada, en un monte. Otro día los españoles que descubrieron toparon cuatro hombres de Mazatlán, que estaban por escuchas, y tenían arcos y flechas, y que, como los vieron, desembrazaron sus arcos, hirieron un indio nuestro y acogiéronse á un monte. Corrieron tras ellos los españoles, y no pudieron tomar sino al uno. Entregáronlo á los indios, y prosiguieron el camino por ver si había más. Aquellos tres que se metieron en el monte, como vieron idos los españoles, dieron sobre nuestros indios, que eran otros tantos, y por fuerza les quitaron el preso. Ellos corridos del afrenta, corrieron tras los otros, tornaron á pelear, hirieron á uno de Mazatlán en un brazo, de una gran cuchillada, y prendiéronle; los demás huyeron porque llegaba cerca el ejército. Este herido dijo que no sabían nada en su lugar de aquella gente barbada, y que estaban allí por velas, como es su costumbre, para que sus enemigos, que tenían muchos por la comarca, no llegasen sin ser sentidos á saltar al pueblo ni labranzas, y que no estaba lejos el lugar. Cortés aguijó por llegar allá aquella noche, mas no pudo. Durmió cerca de una ciénaga en una cabañuela sin tener agua que beber. En amaneciendo se aderezó la ciénaga con rama y mucha broza, y pasaron los caballos de diestro no con mucho trabajo, y á tres leguas andadas llegaron á un lugar puesto sobre un

peñol en mucha ordenanza, pensando hallar resistencia, mas no la hubo, porque los moradores habían huido de miedo. Hallaron muchos gallipavos, miel, frisoles, maíz, y otros bastimentos en gran cantidad. Aquel lugar es fuerte por estar en gran risco; no tiene más de una puerta, pero llana la entrada; está rodeado por una parte de una laguna y por otra de un arroyo muy hondo que también entra en la laguna; tiene un foso bien fondo, y luego un pretil de madera hasta los pechos, y después una cerca de tablonnes y vigas, dos estados en alto, por lo cual hay muchas troneras para flechar, y á trechos garitas que sobrepujan la cerca otro estado y medio, con muchas piedras y saetas, y aun las casas son fuertes y tienen sus travesías y saeteras para tirar, que responden á las calles. Todo, en fin, era recio y bien ordenado para las armas que usan en aquella tierra, y tanto más se holgaron los nuestros, cuanto más fuerte era el lugar, porque lo desampararon, mayormente porque era frontera y tenían guarnición de soldados. Cortés envió uno de aquellos de Acalán á llamar al señor y á la gente. Vino el gobernador; dijo que el señor era niño y tenía mucho miedo, y fuése con él hasta Tiac, que está seis leguas de allí; pero ya cuando llegaron eranidos los vecinos al monte, huyendo de temor. Era Tiac mayor pueblo, mas no tan fuerte, por estar en llano. Tiene tres barrios cercados cada uno por sí, y otra cerca que los cerca á todos juntos. No pudo Cortés acabar con los de allí que viniesen estando dentro su ejército, aunque le dieron vituallas y alguna ropa y un hombre que lo guiase, el cual dijo que había visto otros hombres barbados y otros ciervos; así llaman por allá á los caballos. Como tuvo Cortés tan buena guía, dió licencia y paga á los de Acalán, que se fuesen á su tierra, y muchas encomiendas para Apoxpalón. De Tiac fué á dormir á Xuncahuítl, que también era lugar fuerte y cercado como los otros, y estaba yermo de gente, pero lleno de mantenimiento. Allí se proveyó el ejército para cinco días que había de camino y despoblado,

hasta Taica, según la nueva guía. Cuatro noches hicieron en sierras; pasaron un mal puerto que se llamó de Alabastro, por ser todas las peñas y piedras dello. Al quinto día llegaron á una muy gran laguna, en una isleta en la cual estaba un gran pueblo, que según la guía dijo, era cabecera de aquella provincia de Taica, y no se podía entrar en él sino por barca. Los corredores tomaron un hombre de aquel lugar en una canoa, y aun no le tomaron ellos, sino un perro de ayuda que llevaban; el cual dijo cómo en la ciudad no se sabía nada de semejantes hombres, y que si querían entrar allá, que fuesen á unas labranzas que estaban cerca de un brazo de la laguna, y podrían tomar muchas barcas de los labradores. Cortés tomó doce ballesteros, y á pie siguió por do le llevaba aquel hombre. Pasó un gran rato de aguacero hasta la rodilla y más arriba. Como tardó mucho en el camino, y no podía ir encubierto, viéronle los labradores y metiéronse en sus canoas por la laguna adelante. Asentóse real entre aquellos panes, y fortificóse lo mejor que pudo, porque le dijo la guía cómo los de aquella ciudad eran muy ejercitados en la guerra, y hombres á quien toda la comarca temía; y si quería, que él iría en aquella su canoíta á la isleta, y entraría en el lugar y hablaría con Canec, señor de Taica, que ya de otras veces le conocía, y le diría su intención y venida. Cortés le dejó ir y llevar al dueño de la barquilla. Fué pues, y volvió á media noche; que, como hay dos leguas de trecho de la costa al pueblo y malos remos, no pudo antes. Trujo dos personas, á lo que mostraban honradas, las cuales dijeron venir de parte de Canec, su señor, á visitar al capitán de aquel ejército y á saber lo qué quería. Cortés les habló alegremente; dióles un español que quedase en rehenes, porque viniese Canec al real. Ellos holgaron infinito de mirar los caballos, el traje y barbas de nuestros españoles, y fuéronse. Otro día de mañana vino el señor con treinta personas en seis canoas; trajo consigo el español, y ninguna demostración de miedo ni de guerra. Cor-

tés lo recibió con mucho placer, y por hacerle fiesta y mostrarle cómo honraban los cristianos á su Dios, hizo cantar la misa con solemnidad, y tañer los menestres, sacabuches y chirimías que llevaba. Canec oyó la música y canto con mucha atención, y miró muy bien en las ceremonias y servicio del altar, y á lo que mostraba y holgó mucho, loó grandemente aquella música, cosa que nunca oyera. Los clérigos y frailes en acabando el oficio divino se llegaron á él; hicieronle acatamiento, y luego con el faraute le predicaron. Respondió que de grado desharía sus ídolos, y que quisiera mucho saber y tener la manera cómo debía honrar y servir al Dios que le declaraban. Pidió una cruz para poner en su pueblo; replicaron que la cruz luego se la darían, como hacían en cada parte que llegaban, y que presto le enviarían religiosos que lo doctrinasen en la ley de Cristo, pues por entonces no podía ser. Cortés, tras este sermón, le hizo otra breve plática sobre la grandeza del Emperador, y rogándole que fuese su vasallo, como lo eran los de Méjico Tenuchtitlán. Él dijo que desde allí se daba por tal, y que había algunos años que los de Tabasco, como pasan por su tierra á las ferias, le habían dicho que llegaron á su pueblo ciertos extranjeros como ellos, y que peleaban mucho porque los habían vencido en tres batallas. Cortés entonces le dijo como era él mismo el capitán de aquellos hombres que los de Tabasco decían, y porque creyese ser así verdad, que se informase de los de allí. Con tanto, se acabaron las pláticas y se sentaron á comer. Canec hizo sacar de las canoas aves, peces, tortas, miel, fruta y oro, aunque poca cantidad, y unos sartales de caracoles coloradillos que precian mucho. Cortés le dió una camisa, una gorra de terciopelo negro, y otras cosillas de hierro, como decir tijeras y cuchillos; y preguntóle si sabía algo de ciertos españoles suyos que habían de estar no muy aparte de allí, en la costa de mar. Él dijo que tenía mucha noticia de ellos, porque bien cerca de donde andaban estaban unos vasallos suyos, y si quería, que le daría

persona que lo llevase allí sin errar el camino, pero que era áspero y malo de pasar, por las grandes montañas, y que si iba por mar, que no sería tan trabajoso. Cortés le agradeció las nuevas y guía, y le dijo que no eran buenas aquellas barquillas para llevar caballos ni líos ni tanta gente, y por esto le era forzado ir por tierra; que le diese manera cómo pasar aquella laguna. Canec dijo que á tres leguas de allí la desearía, y entre tanto que el ejército la andaba, se fué con él á la ciudad á ver su casa, y vería quemar los ídolos. Cortés se fué con él muy contra la voluntad de los compañeros, y llevó consigo veinte ballesteros. Osadía fué demasiada. Estuvo en aquel lugar con muy gran regocijo de los vecinos, hasta la tarde. Vió arder muchos ídolos; tomó guía, encomendó que curasen un caballo que dejaba en el real, cojo de una estaca que se metió por el pie, y salióse á dormir con el campo, que ya había bojado la laguna.

#### Un trabajoso camino que los nuestros pasaron

Otro día que partió de allí caminó por buena tierra llana, donde alancearon los de caballo diez y ocho gamos: tantos había. Murieron dos caballos, que como iban flacos, no pudieron sufrir la caza. Tomaron cuatro cazadores que traían muerto un león, de que se maravillaron los nuestros, ca les pareció gran cosa matar á un león cuatro hombrecillos con solas flechas. Llegaron á un estero de agua, grande y hondo, á vista del cual estaba el lugar do pensaban ir; no tenían en qué pasar; capearon á los del pueblo, que andaban muy revueltos por coger su ropilla y meterse al monte. Vinieron dos hombres en una canoa, con hasta una docena de gallipavos; mas no quisieron juntarse á



tierra, aunque hablaban, por más que se lo rogaba, y era por entretener allí el ejército, hasta que los suyos acabasen de alzar el hato y esconderse. Estando pues así, puso un español las piernas á su caballo, metióse por el agua, y á nado fué tras los indios; ellos, de miedo, turbáronse, y no supieron remar. Acudieron luego otros españoles buenos nadadores, y tomaron la canoa. Aquellos dos indios guiaron el campo por rodeo de obra de una legua, con el cual se desechó el estero, y así llegaron al lugar bien cansados, porque habían caminado ocho leguas; no hallaron gente, mas hallaron bien qué comer. Llámase aquel lugar Tleccán, y el señor, Ainohan. Estuvo allí nuestro campo cuatro días esperando si venía el señor ó los vecinos; como no vinieron, basteciósese para seis días, que, según las guías decían, tantos tenían de caminar por despoblado. Partióse, y llegó á dormir seis leguas de allí á una venta grande, que era de Ainohan, donde hacían jornada los mercaderes. Allí reposaron un día, por ser fiesta de la Madre de Dios; pescaron en el río, atajaron una gran cantidad de sabogas, y tomáronlas todas, que, allende de ser provechosa, fué hermosa pesquería. Otro día anduvieron nueve leguas; en lo llano mataron siete venados; en el puerto, que fué malo y duró dos leguas de subida y bajada, se desherraron los caballos, y para herrarlos fué necesario estar allí un día entero. La otra jornada que hicieron fué á una casería de Canec, que se llamaba Axuncapuín, donde estuvieron dos días; de Axuncapuín fueron á dormir á Taxaitel, que es otra casería de Ainohan; allí hallaron mucha fruta y maíz verde, y hombres que los encaminaron. A dos leguas que al otro día tenían andadas de buen camino, comenzaron á subir una asperísima sierra, que duró ocho leguas, y tardaron en andarlas ocho días, y murieron sesenta y ocho caballos despeñados y dejarretados, y los que escaparon no tornaron en sí aquellos tres meses: tan lastimados quedaron. No cesó de llover noche ni día de todo aquel tiempo; fué

maravillosa la sed que pasaron, lloviendo tanto. Quebróse la pierna un sobrino de Cortés por tres ó cuatro partes, de una caída que dió; fué harto dificultoso sacarlo de aquellas montañas. No se acabaron aquí los duelos; que luego dieron en un río muy grande, y con las lluvias pasadas muy crecido y recio; tanto, que desmayaban los españoles porque no había barcas, y ya que las hubiera, no aprovecharan; hacer puente era imposible, tornar atrás era la muerte. Cortés envió unos españoles el río arriba á mirar si se estrechaba ó se podría vadear, los cuales volvieron muy alegres por haber hallado paso. No vos podría contar cuántas lágrimas echaron nuestros españoles, de placer con tan buena nueva, abrazándose unos á otros; dieron muchas gracias á Dios nuestro Señor, que los socorría á tal angustia, y cantaron el *Te Deum laudamus* y *Letania*; y como era Semana Santa, todos se confesaron. Era aquel paso una losa ó peña llana, lisa, y larga cuanto el río ancho, con más de veinte grietas por do caía la agua sin cubrilla; cosa que parece fábula ó encantamiento como los de Amadis de Gaula, pero es certísima. Otros lo cuentan por milagro, mas ello es obra de natura, que dejó aquellas pasaderas para el agua, ó la misma agua con su continuo curso comió la peña de aquella manera. Cortaron pues madera, que bien cerca había muchos árboles, y trajeron más de doscientas vigas, y muchos bejucos, que como en otro lugar tengo dicho, sirven de sogas, y nadie entonces haraganeaba; atravesaban las canales con aquellas vigas, atábanlas con bejucos, y así hicieron puente; tardaron en hacerla y en pasar dos días; hacía tanto ruido la agua entre aquellos ojos de la peña, que ensordecía los hombres; los caballos y puercos pasaron á nado por bajo de aquel lugar, que con la profundidad iba la agua mansa; fueron á dormir aquella noche á Teucix, una legua de allí, que son unas buenas caserías y granja, donde se tomaron veinte personas ó más; pero no se halló comida que bastase para todos, que fué harto desconsuelo, porque iban

muy hambrientos, como no habían comido en ocho días sino palmitos y sus dátiles magrillos, y hierbas cocidas sin sal. Aquellos hombres de Teucix dijeron que á una jornada el río arriba estaba un buen pueblo de la provincia de Taucán, que tenía muchas gallinas, cacao, maíz y otros mantenimientos; pero que era menester tornar á pasar el río, y ellos no sabían cómo, por venir tan crecido y furioso. Cortés les dijo que bien se podía pasar, que le diesen una guía, y envió treinta españoles y mil indios; los cuales fueron y vinieron muchas veces, y proveyeron el campo, aunque con mucho trabajo. Estando allí en Teucix, envió Cortés ciertos españoles con un natural por guía, á descubrir el camino que habían de llevar para Azuzulín, cuyo señor se llamaba Aquiahuilquín; los cuales, á diez leguas, tomaron siete hombres y una mujer en una casilla, que debía ser venta, y volviéronse diciendo que era muy buen camino en comparación del pasado. Entre aquellos siete venía uno de Acalán, mercader, y que había morado mucho tiempo en Nito, donde estaban españoles, y que dijo cómo había un año que entraron en aquella ciudad muchos barbudos á pie y á caballo, y que la saquearon, maltratando los vecinos y mercaderes, y que entonces se salió un hermano de Apoxpalón, que tenía la factoría, y todos los tratantes; muchos de los cuales pidieron licencia á Aquiahuilquín para poblar y contratar en su tierra, y así estaba él contratando; pero que ya las ferias se habían perdido, y los mercaderes destruido, después que aquellos extranjeros vinieron. Cortés le rogó que le guiase allá, y que se lo gratificaría muy bien; y como le prometió, de sí soltó los presos, y pagó las otras guías que traía, y enviólos con Dios; despachó luego cuatro de aquellos siete con dos de Teucix, que fuesen á rogar á Aquiahuilquín que no se ausentase, porque deseaba hablarle, y no hacerle mal. Cuando otro día amaneció era ido el acalanés y los otros tres; y así, quedó sin guías. Partióse en fin, y fué á dormir á un monte cinco leguas de allí. Dejarretóse un caballo en

un mal paso del camino; otro día anduvo el ejército seis leguas; pasáronse dos ríos, y el uno con canoas, en el cual se ahogaron dos yeguas. Aquella noche tuvieron en una aldea de hasta veinte casas todas nuevas, que era de los mercaderes de Acalán, mas habianse ido ellos; de allí fueron á Azuzulín que estaba desierta y sin ninguna cosa de comer; que fué doblar la pena. Estuvieron buscando por aquella tierra hombres de que tomar lengua para ir á Nito, y en ocho días no hallaron sino unas mujercillas, que hicieron poco al propósito; antes dañaron, porque una de ellas dijo que los llevaría á un pueblo dos jornadas lejos, donde les darian nuevas de lo que buscaban; fueron con ella ciertos españoles, mas no hallaron á nadie en el lugar; y así, se volvieron muy tristes, y Cortés estaba desesperado, ca no podía atinar por do tenía de ir, por más que miraba en la aguja: tan altas montañas había delante y tan sin rastro de hombres. Acaso atravesó un muchacho por aquellos montes, y fué tomado: el cual los guió á unas estancias de tierra de Tuniha, que era una provincia de las que por memoria llevaban en el dibujo. Llegó en dos días á ellas, y después los guió un viejecico, que no pudo huir, otras dos jornadas hasta un pueblo, donde se tomaron cuatro hombres, que los demás habían huído de miedo, y éstos dijeron cómo á dos soles de allí estaba Nito y los españoles; y porque mejor los creyesen, fué uno y trujo dos mujeres naturales de Nito, las cuales nombraron los españoles á quien habían servido, que fué harto descanso para quien lo oía, según iban, porque cuidaron perecer de hambre en aquella tierra de Tuniha, como no comían sino palmitos verdes ó cocidos con puerco fresco, sin sal, y aun de aquellos no se hartaban, y tardaban un día dos hombres á cortar una palma, y media hora á comerse el palmito ó pimpollo que tenía encima. Juan de Abalos, primo de Cortés, rodó con su caballo por una sierra abajo, las postreras jornadas, y se quebró un brazo.